

vidualmente para sus respectivas atenciones. Esta institución se estableció por acuerdo de todos los ministros, y Cambón era en particular su principal partidario, porque aquella forma nueva y sencilla estaba más conforme con su espíritu absoluto. Indicóse, pues, á Dumouriez que ya no debería hacer contratas, y se le ordenó que anulase las que hubiera firmado. Al mismo tiempo se suprimieron las cajas de directores de hacienda, y se llevó el rigor en la ejecución hasta el punto de oponer dificultades al pago en la tesorería nacional de cierta suma que un negociante belga había prestado al ejército con la garantía de un bono de Dumouriez.

Este trastorno en la administración de los víveres, cuyo motivo era loable, concurría desgraciadamente con circunstancias que iban á contribuir á que fueran los efectos más desastrosos. Durante su ministerio, Serván quiso proveer á las primeras necesidades de las tropas, atropelladamente reunidas en Champaña, y no hizo poco con atender á los apuros del momento; pero después de la campaña del Argona, los abastecimientos hechos con tanta dificultad se hallaban ya agotados. Los voluntarios, que habían salido de sus casas sin más ropa que la puesta, estaban desnudos; de modo que era preciso facilitar un equipo completo á todos los ejércitos, renovando el material en el rigor del invierno, á pesar de la rapidez de la invasión en Bélgica. Pache, el sucesor de Serván, estaba encargado de esta difícil misión, y por desgracia, á pesar de su talento y su celo, tenía un carácter condescendiente y débil, que induciéndole á dejar contentos á todos, y en particular á los jacobinos, no le permitía mandar á nadie ni comunicar á una vasta administración el vigor necesario. Si se agrega, pues, á la urgencia, á la importancia de las atenciones, á las dificultades de la estación y á la necesidad de una gran prontitud, el carácter débil de un nuevo ministro, el desorden general del Estado, y sobre todo una revolución en el sistema administrativo, se comprenderá cuál sería la confusión del primer momento, el abandono de los ejércitos, sus amargas quejas y las violencias de las reconvenções contra generales y ministros.

Al tener noticia de estos cambios administrativos, Dumouriez se irritó vivamente, pues mientras se organizaba el nuevo sistema, veía á su ejército expuesto á perecer de miseria si no se aprobaban y cumplían sus contratas. En su consecuencia se encargó él de mantenerlas, y mandó á sus agentes Malus, d'Espagnac, y á un tercero, llamado Petit-Jeán, que continuasen las operaciones bajo su propia responsabilidad. Al mismo tiempo escribió al ministro con una altanería que debía hacerle más sospechoso aún á demagogos desconfiados, reacios, descontentos ya de su tibieza revolucionaria y de su dictadura administrativa. Declaró que para continuar sus servicios exigía que se le dejase proveer por sí mismo á las necesidades de su ejército; aseguraba que el comité de compras era un absurdo, porque exportaría laboriosamente y desde lejos lo que se hallaba con más facilidad en las localidades; que los transportes ocasionarían enormes gastos y tardanzas, durante los cuales perecerían los ejércitos de hambre, de frío y de miseria; que los belgas no tendrían ya interés alguno con la presencia de los franceses, ni favorecerían la circulación de los asignados; que el pillaje de los proveedores continuaría del mismo modo, porque la facilidad de robar

al Estado en el suministro de provisiones había hecho y haría siempre ladrones; que nada impedía á los individuos del comité de compras ser asentistas y compradores, aunque la ley se lo prohibiese, y que por lo tanto no era aquello sino una ilusoria economía, que aunque no fuese quimérica, produciría por el pronto una interrupción desastrosa en los servicios. Lo que más contribuía á irritar á Dumouriez contra el comité de compras, era ver en los individuos que le formaban hechuras del ministro Claviere, pareciéndole reconocer en esta innovación un resultado de la desconfianza de los girondinos contra él. Sin embargo, era una creación formada de buena fe y que todos aprobaron sin ninguna intención de partido.

Pache, como ministro patriota y firme, hubiera debido tratar de satisfacer á Dumouriez á fin de conservarle al servicio de la república, para lo cual habría sido necesario examinar sus demandas, ver lo que había en ellas de justo, hacer variar las unas, rechazar las otras, y conducirlo todo con autoridad y vigor, de modo que se evitasen las reconvenções, las disputas y la confusión. Lejos de ello, Pache, acusado ya por los girondinos de tibieza y mal dispuesto en su favor, no trató de evitar el choque entre aquéllos, el general y la Convención.

En el consejo enseñaba algunas irreflexivas cartas en que Dumouriez se quejaba abiertamente de las desconfianzas de los ministros girondinos respecto á su persona, y en la Convención daba á conocer las imperiosas demandas de Dumouriez y su amenaza de hacer dimisión en el caso de no aprobarse aquéllas. Sin vituperar á nadie, pero también sin explicar nada y afectando en sus informes una escrupulosa fidelidad, dejó que todas las cosas produjeran sus desagradables efectos; de modo que los girondinos, la Convención y los jacobinos quedaron irritados á su manera de la altanería del general. Cambón se desencadenó contra Malus, d'Espagnac, y Petit-Jeán; citó los precios de sus contratas, que eran excesivos; criticó el lujo desordenado de d'Espagnac, dando á conocer las malversaciones de Petit-Jeán, y obtuvo que la Asamblea decretase contra los tres. Pretendió que Dumouriez estaba rodeado de intrigantes, de los cuales era preciso librarle; sostuvo que la comisión de compras era una excelente institución; que tomar los efectos de consumo en el teatro de la guerra era privar de trabajo á los obreros franceses, exponiéndolos á la ociosidad y á tomar parte en los motines; que en cuanto á los asignados, no era absolutamente necesario valerse de artificio alguno para su circulación; que Dumouriez hacía mal en no disponer de su propia autoridad que los recibieran, trasladando á Bélgica toda la revolución con su régimen, su sistema y su moneda, y que los belgas, á quienes se daba la libertad, debían aceptar las ventajas con los inconvenientes. En la tribuna de la Convención se consideró sólo que Dumouriez era engañado por sus agentes; pero entre los jacobinos y en el *Diario* de Marat se dijo sin embozo que estaba de acuerdo con ellos y que recibía una parte de los beneficios, de lo cual no se tenía más prueba que el ejemplo asaz frecuente de otros generales.

Dumouriez se vió, pues, en la precisión de entregar á los tres comisarios, y aun se le hizo la afrenta de arrestarlos á pesar de la garantía que les dió. En cuanto á

Pache, escribióle con su acostumbrada dulzura, diciéndole que se examinarían sus demandas, que serían atendidas sus necesidades, y que para ello haría el comité de compras considerables acopios. Al mismo tiempo

una contrata de Malus, que se había permitido mantener, atendida la urgencia, y se detuvo aún en Bruselas desde el 14 al 19.

En este intervalo Sténgel, destacado con la vanguar-



Dumouriez

anunciábale numerosas remesas, que no se hacían. Como Dumouriez no recibía nada, quejábese sin cesar; de modo que, al leer por una parte las cartas del ministro, hubiérase creído que todo abundaba, y al ver las del general debía suponerse un abandono absoluto. Dumouriez apeló á varios expedientes; negoció empréstitos sobre los cabildos de las iglesias; sostitvose merced á

dia, había tomado á Malinas, conquista importante á causa de las municiones de pólvora y armas de toda especie existentes en aquella plaza, y que constituían el arsenal de Bélgica. Labourdonnaie había entrado el 18 en Amberes, donde organizaba los clubs é indisponía á los belgas, estimulando á los agitadores populares; mas, á pesar de todo, no vigorizaba el sitio del castillo.



No pudiendo Dumouriez avenirse con un jefe que tanto se ocupaba de los clubs y tan poco de la guerra, reemplazó por Miranda, intrépido peruano que, habiendo venido á Francia en la época revolucionaria, obtuvo un alto grado por la amistad de Petión. Labourdonnaie, depuesto de su mando, y trasladado al departamento del Norte, comenzó á excitar allí el celo de los jacobinos contra César Dumouriez, nombre con que se comenzaba á designar al general.

El enemigo pensó por lo pronto en situarse detrás del canal de Vilvorden, manteniéndose en comunicación con Amberes; y así cometía el mismo error que Dumouriez al tratar de aproximarse al Escalda en vez de correrse sobre el Mosa, como debieron hacer ambos, el uno para retirarse, y el otro para impedir la retirada. Por último Clerfayt, que había tomado el mando, comprendió la necesidad de repasar prontamente el Mosa, abandonando á Amberes á su suerte. Dumouriez mandó entonces que Valence marchara desde Nivelles sobre Namur para poner sitio, cometiendo el grave error de no enviarle, por el contrario, por el Mosa para cortar la retirada á los austriacos, pues la derrota del ejército defensivo hubiera producido materialmente la rendición de la plaza.

Sin embargo, no se había dado aún el ejemplo de las grandes maniobras estratégicas, y por otra parte Dumouriez careció aquí, como en otras muchas ocasiones, de la reflexión necesaria. Habiendo salido de Bruselas el 19, atravesó por Lovaina el 20; el 22 alcanzó al enemigo en Tirlemont, matándole trescientos ó cuatrocientos hombres; pero otra vez le detuvo aquí la completa falta de víveres, y no continuó la marcha hasta el 26. El 27 dió vista á Lieja, y hubo de sostener un reñido encuentro en Varoux contra la retaguardia enemiga, pues el general Staray, que la mandaba, se defendió gloriosamente, recibiendo una herida mortal. Por último, en la mañana del 28, Dumouriez penetró en Lieja saludado por las aclamaciones del pueblo, que allí estaba animado de disposiciones más revolucionarias. Miranda había tomado la ciudadela de Amberes el 29, y podía terminar el circuito de Bélgica marchando hasta Ruremonde. Valence ocupó á Namur el 2 de diciembre; Clerfayt se dirigió hacia el Roer, y Beaulieu al Luxemburgo.

En aquel momento estaba ocupada toda la Bélgica hasta el Mosa; pero faltaba conquistar aún el país hasta el Rhin, para lo cual se presentaban grandes obstáculos á Dumouriez. Ya fuese por la dificultad de los transportes ó por el descuido de las oficinas, nada llegaba á su ejército, y aunque tuviese muchas provisiones en Valenciennes, todo faltaba en el Mosa. Deseoso Pache de complacer á los jacobinos, habíales abierto su dependencia, y en ella reinaba la mayor desorganización. Descuidábase el trabajo; se daban por inadvertencia las órdenes más contradictorias, de tal modo que era casi imposible todo servicio; y cuando el ministro creía que se habían efectuado las remesas, resultaba no ser cierto. La institución de la comisión de compras contribuyó á que fuese mayor el desorden; el nuevo comisario, Ronsin, que substituyó á Malus y d'Espagnac al denunciarles, se hallaba en el mayor apuro.

Muy mal acogido en el ejército, atemorizóle su misión, y por orden de Dumouriez continuó las compras

en la localidad á pesar de las últimas resoluciones. Por este medio tuvo el ejército pan y carne; pero faltaban completamente los medios de transporte, el vestuario, el metálico y los forrajes, y todos los caballos morían de hambre. Otra calamidad afligía también á este ejército y era la desertión. Los voluntarios, que habían acudido á campaña en el primer momento de entusiasmo, se enfriaron una vez pasado el peligro; y, por otra parte, disgustáronles las privaciones de todo género que sufrían, induciéndoles todo á desertar en masa.

Sólo en el cuerpo de ejército de Dumouriez faltaban ya lo menos diez mil hombres, y todos los días se iban otros. Los reclutamientos belgas no se efectuaban, porque era casi imposible organizar un país donde las diversas clases de la población y las provincias del territorio no estaban dispuestas á entenderse. Lieja abundaba en el espíritu de la revolución; pero el Brabante y Flandes veían con desconfianza seguir los jacobinos en los clubs que se trató de establecer en Gante, Amberes, Bruselas, etc. El pueblo belga no estaba muy conforme con nuestras tropas, que se empeñaban en pagar en asignados; en ninguna parte se consentía nuestro papel moneda, y Dumouriez se resistía á imponer la circulación forzosa. Así, pues, aunque victorioso y dueño del campo, el ejército se hallaba en una desgraciada situación á causa de la escasez, de las desertiones y de la incierta disposición de los habitantes, casi desfavorable. La Convención, asediada con los informes contradictorios del general, que se quejaba altivamente, y los del ministro, quien afirmaba modestamente, aunque con seguridad, que se habían hecho abundantes remesas, envió á cuatro comisionados de su seno para que se asegurasen por sus propios ojos del verdadero estado de cosas: los elegidos fueron Dantón, Camús, La-croix y Cossuin.

Mientras que Dumouriez había empleado el mes de noviembre en ocupar la Bélgica hasta el Mosa, Custine, corriendo siempre por los alrededores de Francfort y del Mein, veíase amenazado por los prusianos que remontaban el Lahn. Hubiera querido que todo el peso de la guerra se hubiese concentrado hacia donde él estaba, para resguardarle la espalda y proteger sus locas incursiones por Alemania; y por eso no cesaba de quejarse de Dumouriez, que no llegaba á Colonia, y de Kéllermann, que no se dirigía á Coblenza. Acabamos de ver cuántas dificultades se oponían á que Dumouriez avanzase más rápidamente; para hacer posible el movimiento de Kéllermann hubiera sido necesario que Custine, renunciando á correrías que excitaban las aclamaciones en la tribuna de los jacobinos y en los diarios, se encerrase en el límite del Rhin, fortificara á Maguncia y bajara por sí mismo á Coblenza; pero él quería que se practicasen todos los movimientos á su espalda, para tener la gloria de tomar la ofensiva. Apurado por las solicitudes y las quejas, el consejo ejecutivo separó á Kéllermann, substituyéndole por Beurnonville, y dió á éste la orden tardía de tomar á Tréveris, en una estación muy avanzada y en medio de un país pobre, difícil de ocupar. Jamás hubo sino un buen camino para llevar á cabo esta empresa, y era marchar desde un principio entre Luxemburgo y Tréveris, llegando así á Coblenza mientras que Custine se dirigiera por el Rhin. Entonces se hubiera destrozado á los prus-

sianos, desalentados aún por su derrota en Champaña, dando la mano á Dumouriez, que debía hallarse en Colonia, y á quien se habría ayudado á llegar si no estaba todavía. De este modo, Luxemburgo y Tréveris, que no era posible tomar á viva fuerza, se rendían por hambre y por falta de socorros; pero habiendo persistido Custine en sus correrías en Weterabia, y permaneciendo en sus acantonamientos el ejército del Mosela, ya no era oportuno marchar sobre estas plazas á fines de noviembre, para sostener á Custine contra los prusianos, que reanimados ya, remontaban el Rhin. Beurnonville hizo valer estas razones; pero había empeño en conquistar; queríase imponer un castigo al elector de Tréveris por su conducta con Francia, y Beurnonville recibió orden de emprender un ataque, el cual intentó con tanto ardimiento como si lo hubiese aprobado. Después de algunos brillantes y reñidos combates, fuéle preciso renunciar y replegarse hacia Lorena. En tal situación, Custine se vió comprometido en las orillas del Mein; pero no queriendo confesar por su retirada su temeridad y la poca solidez de su conquista, persistió en mantenerse en el mismo punto sin ninguna esperanza fundada de éxito. Había dejado en Francfort una guarnición de dos mil cuatrocientos hombres, y aunque esta fuerza era del todo insuficiente en una plaza abierta y en medio de una población enojada por injustas contribuciones, Custine ordenaba al jefe que se mantuviese allí, mientras que él, apostado en Ober-Usel y Homburgo, un poco más abajo de Francfort, afectaba una persistencia y una altivez ridículas. Tal era la situación del ejército en este punto á fines de noviembre y principios de diciembre.

Nada se había hecho, pues, aún á lo largo del Rhin; en los Alpes, Montesquiou, que, según hemos visto, negociaba con la Suiza, tratando á la vez de hacer entender razones á Ginebra y al ministerio francés, hubo de emigrar al fin. Habíase lanzado una acusación contra él, por haber comprometido, según decían, la dignidad de Francia, dejando insertar en el proyecto de convenio un artículo en virtud del cual debían alejarse nuestras tropas, y sobre todo, por haber cumplido con él. Expedido el decreto contra su persona, refugióse en Ginebra; pero su obra quedaba garantida por su moderación, y mientras se le acusaba, transigíase con Ginebra según las bases que fijó. Las tropas de Berna se retiraban, acantonándose las francesas en los límites convenidos; la preciosa neutralidad suiza quedaba asegurada para Francia y resguardado uno de sus flancos para varios años. Este importante servicio no se reconoció, por culpa de las sugerencias de Claviere y por una susceptibilidad de los intrusos que debieron su ascenso á nuestras victorias de la víspera.

En el condado de Niza se había vuelto á tomar gloriosamente el puesto militar de Sospello, del cual se apoderaron los piemonteses por un instante, y que perdieron otra vez después de un sangriento choque; este

trunfo fué debido á la destreza del general Brunet. Nuestras escuadras que dominaban en el Mediterráneo, iban á Génova y á Nápoles, donde reinaban las ramas de la casa de Borbón, y en todos los Estados de Italia hacían reconocer la nueva república francesa. Después de un cañoneo delante de Nápoles, consiguióse también el reconocimiento, y nuestras flotas volvían orgullosas por su triunfo. En los Pirineos reinaba una completa inmovilidad, y Serván, falto de medios, apenas podía reorganizar el ejército de observación. Á pesar del gasto enorme de ciento ochenta y doscientos millones al mes, todos los ejércitos de los Pirineos, de los Alpes y del Mosela sufrían la misma escasez, por la desorganización de los servicios y la confusión que reinaba en el ministerio de la Guerra. En medio de tanta miseria, no dejábamos, sin embargo, de estar poseídos del orgullo y la embriaguez de la victoria. En aquel momento, los ánimos exaltados por el triunfo de Jemmapes, la toma de Francfort, la ocupación de Saboya y de Niza y el repentino cambio de la oposición europea en nuestro favor, creyeron que oscilaban ya las monarquías, imaginándose un instante que los pueblos iban á derribar los tronos para constituirse en república. «¡Ah, si fuera cierto, exclamaba un jacobino con motivo de la anexión de Saboya á Francia; si fuese cierto que era llegada la hora de que al fin despertasen los pueblos; si fuese cierto que la caída de todos los tronos debía ser la consecuencia inmediata del triunfo de nuestros ejércitos y del volcán revolucionario; si fuese cierto que las virtudes republicanas vengaban por fin al mundo de todos los crímenes coronados; que cada región, completamente libre, pudiera formar entonces un gobierno conforme á la mayor ó menor extensión que la naturaleza le ha fijado, y que de todas estas convenciones nacionales formasen algunos diputados extraordinarios en el centro del globo una Convención universal que velara de continuo por los derechos del hombre, por la libertad general de comercio, y por la paz del género humano (1)...»

Como quiera que en aquellos momentos llegase á conocimiento de la Convención que el duque de Deux-Ponts había cometido ciertas vejaciones contra algunos súbditos de su dependencia, poseída de un arranque de entusiasmo, expidió el siguiente decreto:

«La Convención Nacional declara que prestará auxilio y fraternidad á todos los pueblos que quieran recobrar su independencia, y encarga al poder ejecutivo que expida las órdenes oportunas á los generales de los ejércitos franceses para auxiliar á los ciudadanos que hayan sufrido ó sufran vejaciones por la causa de la libertad.

»La Convención Nacional ordena á los generales de los ejércitos franceses que manden imprimir y fijar el presente decreto dondequiera que se presenten las armas de la república.

»París, 19 de noviembre de 1792.»

(1) Discurso de Milhaud, diputado de Cantal, pronunciado en la sociedad de los jacobinos en noviembre de 1792.